

## De huérfana a estudiante: un testimonio del empoderamiento que trasciende después de la debida instrucción

Por Valentina Maya<sup>1</sup>



Fuente: Torrús, 2016<sup>2</sup>.

En el hospicio las cosas pueden ser mejor; algunas monjas son demasiado violentas para exigir orden. Dolores, siempre tiene la regla en la mano. No le gusta que las niñas se sienten con las piernas abiertas o encorvadas. Siempre nos mira de reojo, por encima del hombro, con odio. Pregona que

1 Este texto es producto de un ejercicio de expresión literaria desarrollada en el contexto de la asignatura Historia y Epistemología de la Pedagogía, de la Licenciatura de Ciencias Sociales, que fue orientada por el profesor Wilson Acosta en 2018. El correo electrónico de la autora es [jvmayap@upn.edu.co](mailto:jvmayap@upn.edu.co).

2 Torrús, A. (2016). Abusos sexuales, malos tratos y explotación: Los internados de la dictadura y el posfranquismo. Recuperado de <https://www.publico.es/politica/internados-franco-abusos-maltrato-explotacion.html>.

aquí la gracia divina a ninguna la dotó de entendimiento y perspicacia. Grita que la invencibilidad es lo único que se respira en estos pasillos.

Solecito es la monja más amable; nos dice que hagamos caso, y así no nos llevarán a detención. Detención es un cuarto mediano, sin ventanas y un poco húmedo. Se escuchan las ratas entre los lamentos de mis demás compañeros. Lo único que poseemos son los rayos tibios del sol.

El hospicio tiene un solar amplio con flores de jardín, no hay árboles, pero hay un tronco cortado, evidencia de que no solamente nos quitan la vida a nosotras sino a aquel árbol grueso del solar. Este se encuentra un poco viejo y con fisuras, lo cercenaron para que ninguna tenga esperanzas de crecer. Aquí nacimos, aquí moriremos.

Hay un salón donde tejemos e hilamos algodón, así nos ganamos la vida. La mayor parte del día hilamos algodón y las monjas tejen mientras cantan un coro triste que combina con las grises paredes del lugar. En días anteriores, colocaban unas mesas pequeñas justo frente a una tabla verde pegada en la pared; Solecito nos dijo que ahora hilaríamos en el solar porque en este salón tomaríamos clases. Detrás del salón de clases está el dormitorio, cabemos treinta, pero hay cincuenta.

Los días dentro del salón de clases son amenos. Llega el maestro con su cara optimista a decirnos que, por medio de la educación, todas somos iguales, que si todas aprendemos, las cosas van a cambiar. Él siempre está arreglado, pero constantemente se agarra el estómago, yo creo que tiene hambre; después de que Solecito le lleva chocolate y arepa se pone rojo y su cara de satisfacción dice que, aunque él también es pobre, por lo menos es feliz porque hace lo que quiere, lo que le gusta.

Esta mañana apenas empezó la clase, leyó un documento de un intelectual de Popayán, Francisco José de Caldas. Este decía:

¿Quién creería que en el siglo XIX se aplicase la pena infamante del azote, impuesta por las leyes criminales a los malvados, a la corrección y castigo de unos niños todavía inocentes? ¡Oh filosofía! / ¡Oh santa razón! Venid a iluminar los entendimientos de nuestros Maestros y Padres, para que acaben de aprender que si, como ellos dicen, la naturaleza humana está corrompida, lejos de reformarla en los niños por el azote y la palmeta, según pretenden una nueva corrupción con que acababan de pervertirla. Un autor filósofo y muy observador decía, que la depravación de los más famosos malvados que se conocían en la historia, había tenido principio en la misma crueldad de la educación<sup>3</sup>.

Dolores apenas se sonrojó y dejó la regla detrás de la puerta. El maestro sabía que por lo menos nadie nos perseguiría desde ese momento.

---

3 Reflexiones sobre la educación pública, *Francisco José de Caldas*, Historia Hoy, Artículo 26, 2008.

Desde que el maestro Sebastián entraba al hospicio, el castigo se escondía y las monjas se comportaban como los seres más dulces que ha puesto Dios sobre la tierra; pero, cuando Sebastián se iba, estos seres amistosos sucumbían al horror y la metamorfosis las devolvía a su estado natural.

Sin embargo, como las obligaciones que nos dejaba el maestro nos mantenían ocupadas: las planas, las sumas, las restas, las multiplicaciones, son cosas que una huérfana jamás había tenido a su alcance. Temas complicados; pero el solo hecho de tener acceso a ellos me mostraban aquel mundo de la ilustración, un mundo alejado a las paredes del hospicio, un mundo de intelectuales. Como las monjas nos veían ocupadas no nos molestan; salvo para hilar, *“porque el que no trabaja, no come”*, repetía Dolores.

Desde que el maestro Sebastián nos compartió las reflexiones de Caldas, pienso en esa parte del texto en el que habla de la autonomía; dice que el Estado no puede desperdiciar el talento de un niño que nació para escribir en labores que son ajenas a sus virtudes y, aunque hilar es una labor propia de las mujeres, yo quiero ser como el profesor Sebastián que conoce todo sobre la expedición del sabio Mutis, que leyó a Nariño. Ya ahora cree en la igualdad de los seres humanos. Nos dijo que Policarpa le enseñaba a leer a los esclavos. ¿Que leían los esclavos?, ¿Qué leen los huérfanos? Espero que pueda terminar un libro. Cualquiera que este sea, cualquiera que en verdad me saque de este lugar y me lleve a ser feliz.